

Cada uno suele contar de la vendeja y granjeria de la feria como le fué en ella, y yo, salvo salir a montar un nuevo Greco y no cohecharle, lo que algún rucio rodado de chamarillero motejara de jongona y guasa verde, de Toledo no he de garabatear cominerias, ni empanar maltrato y sobajo con loas y pasos a la enmohecida ciudad de los metalarios. Al Dante me atengo cuando zaherizaba a los romanos en su buena parladuria lombarda y les espetaba aquello de: "Son unos muertos que se figuran que viven." Con el carro, arriero y reata cara a Villaescusa de Haro, que es ^{un} viajecito como para andar en coplas, y me aturo la boca y me zampo las cuarterias y soledumbres del antojo de la caminata hasta que el dolor de la guagatada se vaya resentando. De noche, y en el puente de Alcántara, empezó el zorongo y trateo, y (entre paréntesis) lo de la belleza del lugar y lo castizo, que habria para hablar por el colodrillo, más que Carranza emborronó de la espada. Atrás quedó ensabanada Toledo, que ni adeliñada con la laca de rubia de la paleta de su pintor, y atrás, albazarados, sus cigarrales, que ataviados con los chorretones de la prosa de Tirso se hacinaran más en sombrero de guinga.

Y a Villaescusa llegamos con frio y vientesquil, yo todo aromadizo y raspahilando el "Tizón" del cardenal Mendoza, amorosamente preso en mis manos, que por solo merced me habria dado de tantas estrecheces una viznaga, y el arriero de marras que me muero que me fino a pesar de ser novillo cerrero.

No obstante tener infartada la quejumbre, el chinchorrero encubria sus peloterias y soponcios con escaras de sal de cochero de atalaya y sus puyas y bulerias de gentil oficial de

l^a ~~venda~~
e

cualquier punto. Asi es el respeto y la tiesura espetada de los felices manchegos que en esta calle viven. Vieja vi que se santiguaba en descargas al pasar junto al umbral de las casas bienaventuradas, haciéndolas maulas y melindres como si los siete obispos faldearan hogaño en sus siete aposentos. Mi buen arriero, desde que esquinó la calleja santa, habla a coontrapelo, y al desguarnivionar la reata si apenas, de lo compungido y edificado, se le ve la jeta entre las orejas de la cachucha, cuando echa unas nesgas al pellejo, mojón y cata-vinos; porque no se debe arriscar por poco mucho, y aunque es hombre de sesenta y seis sabores vináticos, como el Berrocal de la "Elección de los alcaldes de Daganzo". en calle como esta sobran los perales de casca-beles y seria en sopar migajas en maife.

Y, a su andadura, los de la altana. Paradores como éste pocos en contorno, sin desmán ni acacimiento, sin cuchufletas ni chicherias. Los jayanes, los chicarrones, los bodoques, los soplavivos, los embaidores, bujarras y rústicos, que beben o zascandilean en la posada, si andan porque se estila. Un grupo hutonea silencioso alrededor de la rueda de un vacisdor mohedizo que pone fiel a unas tijeras desenfiladas. Los otros van y vienen con calzabazalejos, calzas, traspontines, braceras o codales en las manazas. Y yo mismo, contagiado del alma de la calle, donde sin duda aldean sueltos y cavizcanos los fantasmas noturninos de los siete obispos, lo contemplo todo con ojos remellados. La maritornes arroja sin ruido las lavazas a un regacho. Mi arriero echa su carro. Lo coge por el dentejón del pértigo y suavemente lo apoya en tierra; no suenan los cinchos, no rechina el becacil, no cruje ek tendal; nada murmura de la zaga a la riostra, como si el carro tambien supiera en que calle está.

EUGENIO NOEL

La Voz de Aragón. 27 Dbre 1932.